

La calle para el miércoles 28 de noviembre de 2007
Diario de un espectador
Cartas a Rulfo
por miguel ángel granados chapa

En el discurso dicho al recibir el premio internacional de literatura que jurídicamente ya no se llama Juan Rulfo pero que Fernando del Paso insiste en llamar así, el escritor premiado habló de cartas que escribió o habría gustado escribir a su amigo, con quien según lo supimos ayer, pasaba horas cada miércoles en los años sesenta conversando en el café del hospital Dalinde. Como nunca le escribió durante los muchos que Del Paso vivió en Europa, quiso compensarlo con un programa de radio titulado Carta para Juan Rulfo.

Esa emisión “recibió pocos meses más tarde el premio internacional de Radio España al mejor programa escrito y producido en el mundo de habla hispana. Lo recogí en la ciudad de Cuenca, acompañado por el entonces director del servicio latinoamericano de Radio Francia internacional Ramón Chao.

“A pesar del silencio, nuestra amistad permaneció incólume y siempre se conservó (diría yo haciendo uso de un adjetivo lopezvelardiano) en estado diamantino. Dejamos de vernos, pero no de querernos....

“Conocí también a Clara, Clarita, por quien sentí gran afecto. Y sentí por sus hijos la clase de ternura que uno siente por los hijos pequeños de los amigos. Una ternura de la que los niños no suelen enterarse y que, cuando uno deja de verlos por muchos años, sólo queda un pálido recuerdo.

“Hoy me encantaría escribirle una segunda carta a Juan Rulfo en la cual le diría más o menos: ‘Mi querido Juan: Ya han pasado otros veinte años sin escribirte, y en consecuencia yo tengo ahora más años de edad de los que tu tenías cuando te fuiste’.

“Podría yo decirle: ‘Soy tu mayor, respétame. Pero si te acuerdas bien, en mi primera cata te dije que no, que no es así y que nunca lo será: tu has sido siempre, y siempre seguirás siendo mi mayor. Eres, Juan, inalcanzable. Esta vez te escribo no tanto para decirte que México, nuestro México, no ha cambiado mucho que digamos desde que nos dejaste: sigue siendo un desastre. En todo caso, es un desastre cada vez mayor. Aun así, lo quiero tanto como tu lo querías, y a fin de cuentas y lo que sea de cada quien, también el planeta entero es un desastre.

“Pero más bien para lo que hoy te escribo esta segunda carta, Juan, es para decirte dos cosas: una, que soy de los que piensan --¡qué digo pienso! ¡estoy convencido!--que tu, más que un hombre de letras, más que académico, fuiste un iluminado. Tu maravillosa intuición valía más, valió más y nos dejó infinitamente más, en sólo dos libros flacos como tu, Juan (como te lo dije en la primera carta) pero inabarcables como tu talento, de lo que suelen dejar algunos escritores que como yo tratamos de sustituir el genio con el volumen y la erudición. Pero me estoy poniendo demasiado serio.

“La otra cosa de la que quiero escribirte, y que me tiene contento a rabiar, es que otra vez tu nombre y mi nombre, fijate nomás, han vuelto a estar juntos, como lo estuvieron antes, varias veces, en que los juntaron nuestra amistad y nuestro amor por la literatura. También en José Trigo, donde te menciono, ¿te acuerdas? Como uno de los amigos cuyo nombre no podría faltar en ese libro. Y lo mismo durante todos los seis años en que fui, en París, miembro del jurado del premio internacional de cuento Juan Rulfo patrocinado por el Centro cultural de México y Radio Francia internacional.

“Hoy nuestros nombres vuelven a unirse gracias a otro premio, este gran premio del que yo no se si soy merecedor, pero que acepto en tu nombre, y sólo en tu nombre. Y que no venga por allí algún abogadillo a decir que no puedo hacerlo, porque ya lo hice, así de sencillo.

“Y después, después, señoras y señores, le hablaría a Juan, en la carta, de unos que otros asuntos personales, de los que yo no estoy ahora para contarlos ni ustedes para escucharlos”.